

dos viejas debian oír misa en Paris ó en Roma." Lo ridículo de la cuestion disipó al fin los temores de los demócratas, y se permitió á las dos princesas que continuasen sin tropiezo alguno su viage (1).

Estos debates no eran sino un preludio de la gran cuestion sobre si se espediria una ley contra los emigrados, asunto que tenia ocupada no solo la atencion de la Asamblea, sino aun la de todos los clubs de Francia. El proyecto de ley sobre la materia que propuso Chapelier con la sana intencion de impedir que ninguna se decretase, era de un rigor que la hacia absolutamente impracticable. En ella se decretaba el establecimiento de una comision de tres personas, quienes pronunciarian la sentencia de proscripcion y de secuestro contra los emigrados rebeldes. Muy grande fué el horror de la Asamblea toda cuando se le presentó semejante proposicion, y Mirabeau, aprovechándose de aquellas primeras impresiones, logró que se desechase. Jamás fué mas poderosa su elocuencia ni se echó de ver mejor su prestigio que en esta vez, que fué la última en que dirigió la palabra á la Asamblea. "La sensacion que ha producido ese proyecto de ley," dijo, "demuestra que es digno de figurar en el código de Dracon, y que nunca deberá tener lugar entre los decretos de la Asamblea nacional de Francia. Tiempo es ya de que os desengañéis; si algun dia vosotros ó vuestros sucesores dais

(1) Lac., VII, 122. Th., I, 272.

oidos á las medidas que hoy á cada paso se os sugieren. Llegará tiempo en que ese paso á que hoy os oponéis, será claramente comprado con los que deis, llegará época en que en todas las sangrientas páginas de la recopilacion de vuestras leyes, se verá escrita á cada paso la palabra MUERTE; vuestros labios pronunciarán incesantemente esta espresion terrible; vuestros decretos, á la vez que difundirán el terror por todo el reino, arrojarán hácia extrañas regiones á cuantos dieron esplendor al nombre de la Francia, y vuestras resoluciones no se egecutarán sino sobre los pobres, los ancianos y los desdichados. En cuanto á mi, lejos de aprobar tan atroces medidas, me considero absuelto de todo juramento para con aquellos que tengan la infamia de apoyar la creacion de semejante comision dictatorial. Vuestro susurro me importa poco; cifro mi felicidad en complaceros, pero mi deber es aconsejaros. Esa popularidad que he ambicionado, no es una debil caña que se mece al soplo de un favor transitorio, es un roble cuyas raices están afianzadas al terreno, es decir, que está fundada en la inmutable base de la justicia y de la libertad. Comprendo el disgusto de los que, entusiastas ahora, ó mas bien pérfidos en el amor que hácia la libertad manifiestan, se hallarian en un fuerte apuro si estuviesen en la necesidad de decir desde cuando la dieron abrigo en su seno." Estas últimas palabras excitaron entre los jacobinos un fuerte murmullo. "¡Callen esas treinta voces!" exclamó Mirabeau con

voz de trueno; é inmediatamente se quedó la Asamblea en en el mayor silencio (1).

Hé aquí la exactitud profética con que aquel hombre ilustre previó el resultado que debian producir las medidas violentas y las vehementes pasiones que comenzaban á marcar cuál seria la carrera que la Revolucion recorrería. Distintamente percibió que su popularidad iba en descenso, no porque su elocuencia fuese menos potente, meno fuertes sus argumentos, ni menos dominante su energía, que cuando egércia todo su prestigio, sino porque habia cesado de acaudillar al partido del pueblo, y que por el contrario, procuraba refrenar las mismas pasiones que escitara. Ya se pregonaba por las calles la "grande trahison du Comte de Mirabeau," y el populacho buscaba en sus gefes perversidad y no talento. Disgustado de la versatilidad de la muchedumbre, y previendo los escesos sanguinarios á que en breve se entregaria, hacia mucho tiempo que obraba secretamente de concierto con el partido constitucional, y que habia entablado correspondencia con el rey á fin de contener la marcha revolucionaria. Por un breve espacio de tiempo estuvo percibiendo una pension de 20,000 francos mensuales, primero del conde de Artois, y posteriormente del rey, pero se le suspendió antes de la época de su muerte, porque se llegó á conocer, que no era tan deferente como lo habia

(1) Lac., VIII, 122, 126. Mig., I, 125. Th., I, 277, 279.

creído el partido de la corte. Viósele repentinamente variar de método de vida; sucediéronse sin intermision magníficos festines que se hacian con una profusion sin límites, de suerte que mas bien parecia su casa el palacio de un potentado, que la mansion del gefe de una sanguinaria democracia (1). Sin embargo, no era verdaderamente la venalidad causa de este gran cambio, pues si se habia unido á la corte, era por que habia considerado que aquel era el único medio por el cual se pudiese contener la marcha de la revolucion; y si habia admitido las pensiones que se le concedieran, era porque se juzgaba como un agente de ella para dominar á la Asamblea; y habria desechado con desden cualquiera proposicion que hubiera podido degradarle. Sus designios eran los de sostener al trono y consolidar la constitucion conteniendo las usurpaciones del pueblo. Con este fin propuso que se estableciese, en realidad y no de nombre, la autoridad real, que se disolviese la Asamblea, se formase otra; que volviese á existir la nobleza y se hiciese una constitucion semejante á la inglesa en lo posible; (2) prudente y brillante medida que habian ideado en distintas épocas os mejores amigos de la libertad de la Francia, y que no se pudo llevar á cabo por la fuga de la considerable y poderosa corporacion que debió haberla sostenido.

(1) Dumont, 229, 230. Lac., VII, 128. Mig., I, 126.

(2) Dumont, 285, 312, 313. Bouillé, I, 247.  
Tom. I. 41

El plan de Mirabeau el era de facilitar la evasión del rey, de Paris, haciendo que éste se dirigiese á Compiègne ó Fontenelleau donde se entregaria á la direccion del habil é intrépido Bouillé, formaria un ejército, invocaria en su auxilio á los individuos que se conservasen aun adictos al órden, y desde donde haria uso de la fuerza para contener el torrente. Contaba para tal objeto, á los principios, con la cooperacion de treinta departamentos á los que se unieron despues treinta y seis mas. Con respecto á los partidos contendientes, se lisongeaba de que podria obrar como mediador entre ellos, y que al cabo lograria restituir á la monarquia la consideracion que habia perdido, dándola por base al restablecerla, la libertad constitucional. "No quiero," decia en una carta al rey, "emplearme única é incesantemente en la obra inmensa de la destruccion;" y en efecto, su ambicion por entonces se limitaba á reparar el mal que en el sistema social habia introducido. Hallábase fuertemente imbuido en la idea, y al parecer no carecia de fundamento, de que si se podia conseguir que se pusiese el rey á la cabeza del partido constitucional, y contener los ultiores progresos de la democracia, todavia era tiempo de que se salvase la Francia. "No sabeis," decia, "hasta que punto está todavia la Francia unida al rey, é ignorais que sus ideas son todavia esencialmente monárquicas. Tan luego como se restituya su libertad al monarca, quedará reducida á la nulidad la Asamblea; co-

Plan de Mirabeau para salvar al trono.

el prestigio de su nombre es un coloso; pero que no cuenta con él, y la vereis transformarse en un monte de arena. Habrá unos cuantos tumultos en el palacio real, y á eso se limitará todo. Si La Fayette intentase representar el papel de Washington, poniéndose á la cabeza de la guardia nacional, infaliblemente y con justicia pereceria." Confiaba en la influencia del clero que en aquella sazón se habia puesto en abierta pugna con la revolucion en union de los pobladores del campo, y en la reina cuyo brio y arrojo bastarian para neutralizar las consecuencias que produgesen el carácter irresoluto del soberano. Mas la muerte vino á oponerse á la consecucion de estos brillantísimos designios. Aquella constitucion por naturaleza tan robusta, sucumbió bajo el grave peso de una ambicion insaciable; agotóse aquella energia á consecuencia de una incesante agitacion y de una excesiva dedicacion é los placeres (1).

Su muerte, á pesar de su excepticismo, fué hasta cierto punto sublime. Tuvo presentimientos de que su hora postrera se aproximaba; pero bien lejos de que la idea de cesar de existir le intimidase, se gloriaba de la fama que dejaria. Al oír las salvas que se hacian en celebracion de cierto acontecimiento político, exclamó: "Ya oigo los honores fúnebres de Aquiles; cuando yo muera, las facciones despedazarán lo que queda

(1) Lac., VIII, 127, 128. Stael, I, 405, 406. Th., I' 280. Dum., 207, 210, 211, 257.

de la monarquía, hasta reducirla á pequeñas particulas." Sus dolores fueron muy crueles al acercarse su postrer momento; hubo un intervalo en que, habiendo perdido el habla, escribió sobre un pedazo de papel aquellas palabras de Hamlet: "La muerte es un sueño." "Cuando está deshauciado un enfermo y padece horribles dolores, ¿no habrá un médico compasivo que le dé opio?" Algunas horas antes de su muerte, el principio de la gangrena mitigó sus padecimientos. "Apartad de mi cama," dijo, ese melancólico aspecto. En vez de esos inútiles preparativos, rodeadme de los aromas y de las flores que presenta la primavera; aderezadme el cabello con esmero; haced que me adormezca entre los ecos de una melodiosa música." Conociendo que su mal no tenia remedio, rogó con instancia á los que le asistian, que le diesen opio á fin de abreviar su vida. Ya se le habian enfriado los pies, y conservaba todavia toda su espresion aquel rostro, aquel mirar toda su fuerza, como si respetase la muerte la morada en que residia aquel vasto ingenio. Fingiendo acceder á sus deseos, se le dió una copa que contenia una bebida que le aseguraron ser opio. Bebióla con serenidad, se dejó caer de su almohada, y espiró (1).

Tal fué el fin de Mirabeau, primer ingenio superior que lució durante los desórdenes de la Revolucion. Tenia mas de cuarenta años de

(1) Th., I, 231, 232. De Staël, I, 408. Lac., VIII, 133.

edad cuando comenzó á figurar en la liza política; pero ya gozaba de gran reputacion á la apertura de los Estados generales, y se le consideraba como un tribuno que habia de sostener la causa del pueblo contra las violencias de la corona. Dotado de brillantes talentos, pero dominado por una ambicion insaciable; adornado de una inteligencia despejada, pero abandonado á pasiones sin freno; sagaz para descubrir la verdad, pero nada escrupuloso en cuanto á los medios de distinguirse; sin grandes conocimientos debidos al estudio, pero dotado de una incomparable destreza para servirse con oportunidad de los que poseia, Mirabeau presenta un memorable ejemplo de lo poco que valen las grandes facultades intelectuales, cuando no van unidas á la moral, ó cuando está destituido de sentimientos religiosos el individuo. Era demasiado violento para perfeccionarse en materia alguna, nada estudiaba á fondo, y debió casi todos los escritos que le dieron celebridad, y muchos de los discursos que pronunció, á Dumont y Duroverai que le auxiliaban en sus hérculeas tareas. Sus eminentes cualidades consistian en una imaginacion vigorosa y ardiente, en una nerviosa elocucion, en la inaudita facilidad que tenia para comprender de un golpe el espíritu dominante en la reunion á la cual se dirigia, y en saber aplicar toda la energía de su ánimo al punto de que la oposicion procedia. Grande fué la influencia que ejerció en la Asamblea; pero mayor hubiera sido si hubiese observado una conducta menos estraviada; y la

creencia general que se tenia de que carecia de principios, fué lo que ocasionó que se juzgase, que en la union que formó en la corte, poco antes que terminase su carrera, no llevaba otro objeto que el interes, siendo constante que mas bien le impelió á dar tal paso su patriotismo. Sus desordenadas pasiones cortaron el hilo de su vida en la época mas brillante de su carrera, cuando habian adquirido mayor vigor sus talentos, cuando se hallaba en el apogeo de su ascendiente. y cuando iba á emprender la gloriosa tarea de curar los males ocasionados por la Revolucion. Necker decia de él que era "aristócrata por inclinacion, y tribuno por cálculo;" y en realidad tal era su carácter: distinguirse era el principal objeto de sus deseos: se unió en el principio al partido del pueblo, porque fué el que le presentó la mas lisonjera oportunidad de hacerse célebre: al fin se habia resuelto á separarse de esta senda, cuando vió que el pueblo le retiraba su favor para tributarlo á otros, que eran mas sanguinarios y menos ilustrados que él (1).

En sus últimos instantes percibió muy distintamente las desastrosas consecuencias que se debian originar de la carrera de ambicion que él con mas empeño que otros, habia demarcado á la plebe de Francia. "Cuando yo haya cesado de existir, decia, entonces se conocerá mi mérito. Las desgracias que he estado conteniendo, inundarán por todas partes á la Francia; la faccion

(1) De Stael, I, 186, 25 . Th., I, 123, 124, 125. Dum., 276, 277.

criminal, que hoy á mi aspecto tiembla, no tendrá freno que la modere. Tengo ante mis ojos horribles presentimientos de desgracia. Ahora vemos cuán grande fué el error que cometimos, al permitir que los representantes del pueblo tomasen la denominacion de Asamblea nacional; desde que adquirieron este título, han demostrado constantemente que no eran dignos de tenerlo. Han querido dominar al rey en vez de procurar gobernar de acuerdo con él; pero en breve verán que ni el soberano ni ellos habian de dictar leyes á la nacion, sino un bando miserable que la cubrirá con sus horrores (1)."

A todos afligió su muerte cual si hubiese sido una calamidad pública; sintióla el pueblo porque habia sido su primer caudillo y el mas intrépido campeón de la libertad; lamentáronla los realistas, porque confiaban en que su apoyo los libertaria de la insolencia del partido democrático. Todo Paris concurrió á las exequias que se celebraron con una pompa extraordinaria, á la luz de antorchas y en medio de las lágrimas de un inmenso concurso. Veinte mil hombres de guardia nacional y los diputados de todas las secciones de Paris, acompañaron al cadáver hasta el panteon, donde se le sepultó al lado de los restos de Descartes. Los huesos de Voltaire, y despues los de Rousseau, fueron á poco trasladados al mismo cementerio, poniéndose esta inscripcion sobre su pórtico: "Aux grands hommes la patrie reconnaissante (2)."

(1) Dumont, 267, 268.

(2) Th., , 282. Lac., VII, 135. De Stael, I, 408.

En la misma época se conmemoró igualmente en París la muerte de Franklin con notables muestras de sentimiento. La pérdida del filósofo patriota no escitó afectos tan varios como las del ilustre francés; las lágrimas y la admiración que se tributaron á su memoria, fueron mas puras, y bajo de su busto se gravó este hermoso epitafio:

“Eripuit cœlo fulmen sceptrumque tyrannis.”

Los literatos y filósofos de París, que tanto empeño habian tomado en engrosar el furioso torrente democrático, habian llegado al fin á conocer, que el poder que ellos mismos habian creado, era incapaz de todo freno. Volney que por mucho tiempo habia sido uno de los íntimos amigos de Mirabeau, hizo ver, sin embargo, con su acostumbrada causticidad, la esclavitud que la Asamblea se habia impuesto por sí propia. “¿Con qué derecho, decia, intentais mandar que se guarde silencio en las galerías? Las ocupan nuestros señores, y es muy natural que aplaudan ó censuren los discursos de sus esclavos.” “Sorprendeme, dijo uno de los concurrentes á las sesiones, al abate Sabatier que habia sido el primero que con vehemencia apoyase la convocación de los Estados generales; “sorprendeme veros tan predispuerto contra una corporación por cuya creación tanto os afanasteis.” “Es cierto que me afané, contestó Sabatier, pero no cambiaron el carácter de mis Estados generales desde su cuna.” “Los Estados generales, decia Marmontel, me recuerdan incesantemente aque-

lla expresión de Madama de Sevigné: ‘Yo seria admiradora de la Provenza, si nunca hubiese visto á los provenzales (1).’

Los planes que habia formado Mirabeau, con relación á la fuga del rey, no se abandonaron por su muerte. El estado de esclavitud á que estaba reducido el monarca, era demasiado palpable para que no saltase á la vista; hallábase privado de libertad hasta el grado de no poder visitar sus palacios, se veía dominado por la plebe, á la cual ya no podia contener ni aun La Fayette, sin autoridad, sin numerario, sin consideración, de suerte que solo por sarcasmo se podia decir que formaba el trono una parte integrante del gobierno. Habíase puesto á prueba el sistema de monarquía constitucional, y no habia producido buen éxito; el presidente de una república posee mas autoridad positiva, que la que el monarca ejercia; su palacio no era mas que una espléndida cárcel.

Bouillé era en quien tenia cifrada su esperanza la real familia, para libertarse de su infortunio, y Breteuil, quien aconsejaba los pasos que se debian dar y los dirijia. Algun tiempo hacia que lo tenia preparado todo para recibirla; y con el pretexto de hacer un movimiento militar hacia la frontera, habia reunido en el campo de Montmedi, á las mas fieles de sus tropas, y habíanse situado destacamentos por el camino, á fin de que protegiesen la marcha, fingiendo que su objeto era el de cuidar de la seguridad de los caudales

(1) Dumont, 250, 252. Segur, III, 384.

que se debían remitir desde París para el ejército (1).

La real familia, por su parte, no estaba ociosa. Pocos había que estuviesen instruidos de su designio, y de éstos ninguno lo había revelado, lo cual indica una discreción no común; y al fin el 20 de Junio, el rey y el delfín, la princesa Isabel y Mad. de Tourzel, lograron llegar, con el auxilio de disfraces, á un carruaje que les esperaba en los baluartes. La reina, que había salido, para no hacer concebir sospechas, con solo un acompañante, estuvo á punto de revelar la trama. No conociendo ni ella ni el que la acompañaba, las calles de París, se extraviaron y dieron por casualidad con el carruaje de La Fayette, cuyo encuentro no pudieron evitar sino ocultándose bajo la columneta del Louvre. Reuniéronse por fin á los inquietos fugitivos, é inmediatamente tomaron el camino de Montmedy y Chalons. Pasaron la estacada sin haber sido descubiertos, y caminaron por espacio de algunos días sin tener contratiempo alguno. El buen éxito de la empresa, la distancia á que se hallaban de París y la proximidad en que estaban de las fieles tropas de Bouillé, ocasionó desgraciadamente que omitiesen tomar las precauciones que antes. El rey, cansado de tan dilatado camino, cometió la imprudencia de mostrarse públicamente en Chalons, donde algunas personas le conocieron, pero tuvieron la humanidad de

(1) Mig., I, 132. Th., I, 287.

guardar reserva. La siguiente jornada la debían hermanar en Santa Menchulda; y allí, el administrador de correos, Drouet, observó con sorpresa, la semejanza de su rostro con el del busto que tenían grabados los asignados; su edad, y el número de las personas que le acompañaban, le confirmaron en sus sospechas; y luego que el carruaje se hubo vuelto á poner en marcha, mandó tocar alarma y despachó á un amigo suyo con toda diligencia al siguiente punto de Varenas, á fin de que se detuviese á los viajeros (1).

Angustia causa reproducir los muchos accidentes que por una fatalidad inconcebible se combinaron para echar por tierra la empresa, en los momentos en que parecía haber ya llegado á su logro. El oficial que mandaba la fuerza que estaba apostada en Santa Menchulda, observando los movimientos de Drouet, mandó dar el toque para que montase su fuerza; pero la guardia nacional cercó las caballerizas é impidió que tomasen los dragones sus caballos. Un intrépido sargento á quien el enunciado oficial había enviado en pos del enviado de Drouet, llegó á verle de lejos pero se le desapareció en un bosque. El comandante del destacamento de Clermont, no bien hubo sabido la llegada de los carruages que conducían á la real familia, cuando montó á caballo y dió orden á su gente que le siguiese; pero ya se había esparcido el rumor

(1) Lac., VII, 248, 256. Bouillé, II, 275, 280. Mig., I, 132. Th., I, 289.

de la categoria de los viageros; y no le quisieron obedecer sus subalternos. Llenóse de consternacion la real familia, cuando al llegar á Varenas, se encontró con que ni habia remuda ni tropas: en vano instó á los postillones á que prosiguiesen adelante; tuvo que demorarse algunas horas que bastaron para que Drouet reuniese á la guardia nacional, y levantase una trinchera en la parte oriental de la ciudad por donde pasaba el camino.

Cuando el rey llegó al puente, los dos guardias de corps que iban sentados en el asiento delantero del carruage, prepararon sus armas con el intento de forzar el paso; pero el rey, viendo que una fuerza considerable se le oponia, y que los individuos de guardia nacional que habia reunidos, apuntaban sobre el carruage con sus fusiles, les mandó que se contuviesen. Los augustos prófugos fueron detenidos y vueltos á conducir por una armada muchedumbre á la poblacion; desde la cual inmediatamente se dió noticia á Paris del importante suceso acaecido. Todavía no habia agotado sus malignos rasgos la fortuna: Una hora despues de haber sido detenido el rey, llegó en su auxilio Goguelas con dos escuadrones de los dragones de su mando. El rey, engañado por la aparente benevolencia del corregidor, persuadió al enunciado gefe á que no hiciese uso desde luego de la fuerza, y descubrió su nombre al pérfido magistrado, quien en vez de obrar con la generosidad de que tal conducta era digna, inmediatamente mandó tocar á rebato y reunió á la guardia nacional de las comarcas

circunvecinas. Bouillé despachó nuevos escuadrones de caballería, pero no bastaron todos los esfuerzos de los oficiales de estas fuerzas para hacerlas obrar en favor del rey, quien de consiguiente permaneció en Varenas bajo custodia (1).

Durante toda aquella fatal noche se mantuvo á caballo Bouillé á la cabeza del Real aleman cuya fidelidad era notoria, al pié de las murallas de Estenay, esperando con inquietud la llegada del monarca. Noticioso, aunque demasiado tarde, de su arresto en Varenas, dió un luis á cada uno de sus soldados, y se puso en marcha á galope con el obgeto de libertarle. Llegó á Varenas á la hora y media despues de haberse trasladado á aquel punto el ayudante del general La Fayette que llevó la orden de que inmediatamente se condugesen á Paris á los fugitivos. Hacia una hora que se habian puesto en camino de regreso á Paris las personas reales acompañadas de una fuerte custodia, y estaban tan cansados los caballos de los cuerpos alemanes, por la marcha forzada que habian hecho, que fué imposible proseguir adelante. Bouillé, atormentado por una indecible angustia, se vió obligado á abandonar una empresa cuyo logro habia sido por tanto tiempo el obgeto de sus mas fervientes deseos, y condenado á presenciar la serie de infaustos acontecimientos que condugeron al

(1) Memorias de Bouillé, II, 290. Lac., VIII, 265, 267.